

MANUEL FRAGA IRIBARNE

**LAS NUEVAS CIUDADES:
HACIA NUEVAS FORMAS DE CONVIVENCIA**

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 49, 1973

Las nuevas ciudades: Hacia nuevas formas de convivencia

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE (*)

*“Mucho me temo que llegue el día en
que toda la tierra esté cubierta de as-
falto.”*

(H. MELVILLE.)

1. *Los hechos: crecimiento sin precedentes del fenómeno urbano.*

La *ciudad*, de la que se ha dicho que es “un excedente de civilización”, es uno de los factores más decisivos de la vida social y de la evolución cultural. Y las *grandes ciudades* son una marca decisiva del ascenso y de la decadencia de los grandes Imperios y civilizaciones. La Historia es, en gran parte, la narración del orto y el ocaso de ciudades como Babilonia, Roma, Bizancio, París, Moscú, etc.; los “cementeros urbanos” que es posible observar en Troya o en Tiro son los mejores testimonios de la grandeza y la servidumbre de los hombres sobre la tierra.

Entender, pues, el fenómeno urbano, es comprender algunos de los rasgos más importantes de cualquier civilización, pero, sobre todo, de la nuestra. La eterna añoranza del hombre civilizado por lo rústico,

(*) Colaboración presentada el día 11 de abril de 1972.

el reiterado tema literario del “Menosprecio de Corte y alabanza de aldea”, no dejan de ser parte de ese fondo mítico en que valoramos lo imposible; a él pertenecen la Edad de Oro primitiva, la novela pastoril, las fantasías de Rousseau que hacen construir el célebre “Hameau” del Petrit Trianon, y las colonias hippies del Himalaya o de Formentera.

Vengamos a los hechos. Estos son terminantes: el *crecimiento* constante y cada vez más rápido de la población, y su *concentración* progresiva en espacios urbanos. En el último medio siglo, estas dos tendencias han tenido una aceleración prodigiosa, gracias a las nuevas técnicas de producción de alimentos, de sanidad, de transportes y comunicaciones, y el paso creciente de la Economía a los sectores industriales y de servicios.

Hasta 1650, el crecimiento de la población (1) fue, más o menos, de un 50 %: cada mil años. Dicha proporción, en los cuatro siglos siguientes, pasa a un 2.000 %. La población mundial, que en 1800 es de 906 millones, pasa en 1850 a 1.171 millones, en 1900 a 1.608 millones, en 1950 a 2.476, en 1960 a 2.995, y en 1970 a unos 3.600 millones de habitantes del globo terráqueo. Las previsiones más razonables para el año 2000 son del orden de 6.500 a 7.000 millones, salvo que ocurra una mutación fundamental en el proceso demográfico.

Estos nuevos seres humanos no se han repartido por la superficie de la tierra por un sistema de aumento proporcional de los antiguos asentamientos. Han ido a engrosar las ciudades en términos que han roto las viejas proporciones entre lo rústico y lo urbano, hasta producir una situación completamente nueva. El hombre había comenzado a vivir en ciudades hace unos 5.500 años; ello supuso un progreso considerable, pues fue necesario antes disponer de una organización capaz de producir excedentes agrícolas (cosecha, almacenamiento, distribución) y de una pequeña élite, capaz de llevar archivos, cuentas, operaciones de agrimensura y de carácter jurídico (2). Unas pocas ciudades, no muy grandes, fueron emergiendo de un mundo esencialmente campesino, sobre todo en los valles ricos, susceptibles de control hidráulico (3), como los del Nilo, el Tigris/Eufrates, los ríos Amarillo y Azul en China, etc. Esta situación no cambió, esencialmente, hasta la revolución industrial; a partir de este momento se está llegando a la situación opuesta: la ciudad como “habitat” dominante de la Humanidad, y lo rural como la excepción. La nueva ciudad es algo distinto, por otra parte; nace de la tecnología moderna, de la producción en masa, de la difusión general de la educación, de los modernos transportes y comunicaciones, de unas clases sociales fluidas.

Esto nos lleva a que vivimos en una *sociedad urbana*. Como observa Kingsley Davis (4), antes de 1850 no existía en el mundo ninguna sociedad de este tipo; en 1900, solamente una, la Gran Bretaña (5); en la actualidad, es un fenómeno ampliamente generalizado, que, a partir de 1950, se presenta como uno de los factores determinantes del carácter de las sociedades actuales.

Veamos algunos datos elocuentes. En 1800, ninguna ciudad llegaba a un millón de habitantes. En el mundo de 1940, 38 ciudades rebasan esa cifra; en 1965, unas 100; en la actualidad, son 133. Tres ciudades (Tokio, Londres, Nueva York) rebasan los 10 millones y dos más andan cerca: 20, rebasan los 6 millones; hay, por otra parte, 1.784 ciudades (20 por 100 más que hace diez años) que pasan de 100.000 habitantes. Estas ciudades agrupan una quinta parte de la población mundial. Más de un tercio de ésta reside en ciudades de más de 20.000. En Australia, el 83 por 100 de la población reside en medios urbanos, y el 70 por 100 en ciudades de más de 100.000 habitantes. En América del Norte, la población urbanizada llega al 64 por 100 (en California, el 91 por 100); en la URSS, al 56 por 100; en Sudamérica, al 54 por 100; en Europa, al 53 por 100 (en Inglaterra, rebasa el 78 por 100) (6).

El crecimiento de las ciudades es tal, que centros urbanos, antes separados, ahora se juntan, para formar gigantescas *conurbaciones*. En Inglaterra, hay siete principales: el gran Londres, el Sudeste del Lancashire, el Oeste de los Midlands, el Oeste del Yorkshire, el Central Clydeside, el Merseyside y el Tineside. En los Estados Unidos, el eje Boston-Washington agrupa ya a más de 30 millones de personas, de modo casi continuo, a lo largo de la costa Este. Kahn y Wiener prevén que en Norteamérica, hacia el año 2000, habrá tres gigantescas conurbaciones. La primera sería "Boswash" (la citada Boston-Washington), con unos 80 millones, o sea, una cuarta parte del total; la cual podría ser "Porport", desde Portland (Maine) a Portsmouth, Virginia. La segunda sería "Chipitts" (de Chicago a Pittsburgh), con 40 millones (1/8 del total; podría prolongarse por el norte hasta Toronto). La tercera sería "Sansan", de San Diego a Santa Bárbara, siguiendo la costa oeste, y llegando, más tarde, hasta San Francisco; totalizaría 20 millones (1/6 del total) (7). Entre las tres (cabezas de otras tantas "subculturas" americanas) totalizarían la mitad de la población. En Alemania nos encontramos, aparte de las grandes concentraciones en torno a Berlín, Hamburgo y Munich, con la gran constelación Rhin-Ruhr, con unos 12 millones. En los Países Bajos, el "Randstadt", o "ciudad anillo",

que integra a La Haya con Rotterdam y Amsterdam con Utrecht (8), suma ya más de 4 millones, casi un tercio de la población total. Y el eje Tokio-Osaka rebasa ya los 35 millones.

Pero hay algo muy importante: este proceso no es ya exclusivo de los países desarrollados; Africa, con sus 30 millones de kilómetros cuadrados y menos de 400 millones de habitantes, y sus inmensos espacios de desierto o de selva, está viendo crecer sus ciudades de un modo irracional. Las gentes abandonan el campo, sin que éste disponga todavía de excedentes en los productos agrarios, ni las ciudades de suficientes puestos industriales, ni tengan los medios de resolver los nuevos problemas sanitarios, de vivienda, de tráfico, etc. Así, en Ghana (donde se definen como zonas urbanas las de más de 5.000 habitantes), vivía en ellas el 7,9 por 100 de la población en 1921, el 13 por 100 en 1948, el 23,1 en 1960 y se prevé que pueda llegar a un 60 por 100 en el año 2000.

En la India, el 80 por 100 de la población vivía aún, en 1960, en 558.000 aldeas, pero ese 20 por 100 urbano se compara con el 10 por 100 en 1900. En todo caso, dentro de la tendencia a reconocer que el desarrollo económico es sólo una parte, siquiera considerable, del desarrollo social, se observa un especial interés, en los organismos internacionales y nacionales competentes, por el *control de la urbanización* en el Tercer Mundo, al advertirse que van mucho más deprisa que la industrialización y la creación de recursos en general (9).

El Presidente del Banco Mundial, Mac Namara, ha observado hace poco que, así como los censos de 1950 crearon la alarma sobre la explosión de la población, los de 1960 lo hicieron sobre los desplazamientos masivos de ésta, con el consiguiente desarraigo y desequilibrios de todas clases. Hoy la explosión demográfica preocupa casi tanto por la calidad, como por la cantidad, y, sobre todo, en el tercer mundo, donde este doble movimiento no se corresponde con un aumento de la productividad, ni otros índices de desarrollo.

En Europa y en América, en el siglo XIX, ese paralelismo fue patente. Una razón parece ser el carácter colonial de las capitales de estos países, con una función de puertos de importación y exportación, que no nacieron de un equilibrio, sino precisamente de un desequilibrio económico-social entre la metrópoli y la colonia. De aquí el desequilibrio regional, el drenaje de gente joven (a veces atraída por puro espejismo), etc. Otra razón parece ser el tremendo dinamismo demográfico de estos países que, vencidas las epidemias, es mayor que el de Europa en el siglo pasado. Otra, el fracaso de estos países en la

mejora de la agricultura, e incluso en la creación de unas condiciones mínimas de seguridad en el campo (10).

Sea ello lo que quiera, las ciudades crecen vertiginosamente, en todas partes. Si continúan las tendencias actuales, el año 2000 habrá en el mundo 7.000 millones de seres humanos, y de ellos 5.000 vivirán en ciudades. Una cuarta parte de la población vivirá entonces en ciudades de más de 10.000 habitantes, proporción que en los países desarrollados alcanza al 80 ó 90 por 100. Hacia 2030 se prevén unos 12.000 millones de habitantes de la tierra, de los que estarán urbanizados 10.000 millones, y unos 6.000 habitarán en ciudades de más de 100.000 habitantes. Con razón habla, pues, Constantino Doxiadis de "la pesadilla urbana" (11), que, como un Frankenstein, acecha a la civilización, si no sabe recoger su desafío.

Conviene subrayar que si hay alguna previsión fácil en este momento es que los dos fenómenos básicos (aumento de la población y progreso de la urbanización) van a continuar, salvo un factor militar de carácter catastrófico: una guerra nuclear podría frenarlos, pero sólo ello. El fracaso histórico de todos los intentos de frenar el crecimiento de las ciudades es un hecho; Isabel I, Jacobo I y el propio Cromwell (un dictador militar, con la mano muy pesada) lo intentaron en Londres, sin ningún éxito. Ni los cinturones verdes, ni los focos de descentralización industrial, ni otras medidas lo han conseguido nunca. No hay más que un camino: hacer bien las ciudades, hacer que crezcan de un modo serio, ordenado, humano, justo.

El aumento de la demografía, de la movilidad de las personas y de las cosas, de la energía disponible, hacen inevitable el crecimiento urbano, pero, al mismo tiempo, permitirían hacerlo controlable. La revolución industrial, acompañada de la explosión demográfica, crean una inevitable tendencia urbanizadora. Racionalizada y especializada la producción, se produce un drenaje de los excedentes de población del campo hacia la ciudad, que no sólo hace más libre la vida, sino que ofrece más y mejores puestos de trabajo; al mismo tiempo, mejoran los medios de transporte y las comunicaciones, y los medios sanitarios, sin todo lo cual hubiera sido imposible concentrar a millones de personas (12).

El siglo XIX logró poner, a 60 minutos del centro, un radio de 5 a 7 kilómetros de espacio urbano. El siglo XX ha logrado ampliar este radio de 25 a 40 kilómetros. Esto ha determinado un cambio que no es sólo de cantidad, sino de naturaleza. De la ciudad se ha pasado a otra cosa, cuya nomenclatura aún no está totalmente estabilizada.

Se habla de “metrópoli” (expresión que tiende a prevalecer, a pesar de la objeción filológica de Lewis Mumford) (13), “área metropolitana”, “comunidad metropolitana” (14). Patrick Geddes propuso la palabra “conurbación”, que alude más bien a la fusión de varios núcleos urbanos en una unidad superior. J. Goltmann habla de “Megalópolis”, y más recientemente, C. Doxiadis de “Ecumenópolis” (15).

El “área metropolitana” (tal es la expresión que ha predominado entre nosotros, hasta lograr inclusive respaldo legal) es la resultante de las actuales facilidades de transporte y comunicaciones (tren eléctrico, autopista, teléfono, etc.). Todo ello ha permitido crear un área de influencia urbana mucho mayor, en la que juegan a la vez fuerzas centrífugas y centrípetas. Mientras la zona urbana se expande en todas direcciones, unos llegan de afuera y otros se salen a los “suburbios”, expresión que ya no designa lo malo, sino a veces lo mejor. Primero salieron de la vieja paula, esto es, de los recintos amurallados; después, las industrias (16); más tarde, comenzó la creación extramuros de centros comerciales y de servicios.

En este proceso, desaparecen a la vez la *ciudad* y la *aldea*, en el sentido tradicional, para fundirse en un nuevo tipo de asentamiento urbano. En general, se entiende como *ciudad* el núcleo básico y sus extensiones hasta 1930 (17); el *área metropolitana*, que comprende el radio de influencia de la ciudad, comprendido en una hora de viaje ó 50 kilómetros de radio (18); y la *región metropolitana*, que abarca un radio doble (2 horas y 100 kilómetros). Cuando en estas extensiones se incluyen varias ciudades, tenemos la *conurbación*, o área metropolitana polinuclear.

A diferencia de la ciudad tradicional, esencialmente estática (cuyo símbolo básico era la muralla), estas nuevas concentraciones urbanas son esencialmente dinámicas; por su rápido crecimiento, por el volumen de su circulación, porque en ellas el cambio social es muy rápido, porque más clases de gente participan en su construcción y en su vida. Hace falta, pues, para entenderla, una ciencia y una política también dinámicas. Y, en general, hasta ahora ha ocurrido lo contrario: las fórmulas jurídicas, administrativas, políticas, están anquilosadas y anticuadas. De aquí la gravedad de los problemas que hoy se plantean en la mayoría de las ciudades del mundo.

España no es una excepción. La urbanización, ese proceso de concentración de la población, ese aumento de los puntos en que se produce esa concentración, y del número de habitantes en cada punto, y de la proporción creciente del total de la población que se sitúa en

dichas concentraciones, se da también entre nosotros, y de modo muy marcado. La evolución demográfica lleva un ritmo semejante al de otros países occidentales: 10 millones de habitantes en 1800, 15 en 1850, 18,5 en 1900, 30 en 1950 y 34 en 1970 (19).

Esta población creciente se concentra cada vez más en centros urbanos. En 1900, sólo un tercio de nuestra población vivía en municipios de más de 10.000 habitantes, y sólo el 13,5 por 100 en municipios de más de 50.000. Esto ha cambiado radicalmente, no sólo por el mayor número de habitantes, sino por un proceso acelerado de migraciones interiores. Solamente en la década de 1960 a 1970 han cambiado de residencia 3 millones de españoles. La población que vive en zonas urbanas (municipios de más de 20.000 habitantes) pasa del 45,6 por 100 al 55,3 por 100. En términos absolutos, en la década de los 60, la población urbana aumentó en 4,8 millones de personas; en la década de los 50, había acumulado un aumento de 2,7 millones. Para 1980, se prevé un total de 34,4 millones de españoles en dichas zonas, y para el año 2000, unos 45,5. El III Plan de Desarrollo prevé una población, en núcleos de más de 30.000 habitantes, del 60 por 100 del total en 1980, y del 80 por 100 en el año 2000; es decir, que entre 1970 y 1980 aumentará en 7,2 millones, y entre 1970 y el año 2000, en 21,2 millones.

Por lo que se refiere en particular a las áreas metropolitanas, en 1960 se estimaba ya que abarcaban un 35 por 100 de la población. Para 1980, se estima que 23 de estos grandes núcleos absorberán el 53 por 100 del total.

Como se ve por estos datos, el nivel de urbanización, a partir de 1960, es comparable al de Italia, e incluso superior al de Francia. Por otra parte, en los años 50 ya sólo había en el mundo 26 áreas metropolitanas más populosas que Madrid. Nuestra capital, que en 1900 sólo comprendía el 3,1 por 100 del total de la población nacional, en 1960 rebasa el 7,5 por 100. Su crecimiento había sido del 392 por 100, frente al 38,9 por 100 de aumento de la población global. Obviamente, la mayor parte de este aumento se debe a la inmigración; el 46 por 100 de los censados en Madrid, en 1960, son oriundos de la Villa y Corte, el 54 por 100 han nacido fuera. El proceso debe continuar, y Antonio Perpiñá estima que las áreas de Madrid y Barcelona, hacia el año 2000, se aproximarán a los 6 millones de habitantes cada una.

Veamos otro caso: Bilbao. La villa vizcaína tenía 18.000 habitantes a mediados del siglo pasado; el área metropolitana del Gran Bilbao

anda hoy por el millón de habitantes (20). Paralelo ha sido el ensanchamiento del núcleo: del Bilbao antiguo de las Siete Calles, cuyo perfil no cambia mucho del siglo XIV a 1870, se pasa a la anexión de Abando (1870-1890), de Begoña y Deusto, por los años 20; de Erandio, en 1940, y del Valle de Asúa en los 60. De los 9.527 habitantes de 1768, se llega a 10.943 en 1797, y a 17.923 en el primer censo moderno (1857). El total de los pueblos de la ría sumaba otros 27.644 (el mayor, Abando, con 4.739). Con las anexiones, se llega en 1880 a 33.492 bilbaínos, y en 1887 a 50.772. En esta última fecha, los otros 20 pueblos del Abra suman 52.326. Las cifras del municipio suben a 66.447 en 1899, 140.722 en 1924, 207.526 en 1939, 229.334 en 1950, 297.942 en 1960, 393.988 en 1967. El resto de la comarca, en la misma fecha, llegaba a 332.537 más. En 1969, el Gran Bilbao suma 789.000, y se estima que tendrá 920.000 en 1974, 1.078.000 en 1979 y 1.226.000 en 1984. Las poblaciones previstas para Vizcaya, en los mismos años, son de 1 millón, 1.169.000, 1.355.000 y 1.578.000, respectivamente.

En resumen: Megalópolis está ahí, y hay que ocuparse de ella, para que no se convierta en el caos.

2. *Consecuencias de la urbanización intensiva para la vida del hombre y para los grupos sociales primarios.*

La ciudad marca, desde su primera aparición en la Historia, nuevas formas de vida. El hombre que habita en ella se separa, de algún modo, de la vida normal de los animales, abandonados a una vida natural. La palabra *urbe*, que viene de "orbis", círculo, como la palabra sajona "town" y la rusa "gorod", alude a una cosa circundada, separada por una muralla, del espacio normal extramuros. Es algo diferenciado, discriminado, protegido, controlado. En ese mundo urbano empiezan a ocurrir cosas importantes: hay mayor seguridad, mayor libertad, más cultura. De la palabra *polis* (ciudad, en griego), viene la expresión "*política*", es decir, convivencia ordenada y civilizada; de la palabra "urbis" (urbe, ciudad en latín), la idea de *urbanidad* (contrapuesta a rusticidad, o vida grosera); de *civitas* (el antecedente, también latino, de nuestra voz ciudad), toda una familia de ideas básicas, como ciudadano, ciudadanía, civilización, etc.

Dicho fenómeno urbano es relativamente reciente; el hombre no llegó a vivir en ciudades hasta muy tarde; hoy se estima que la vida

humana anterior a la “civilización” comprende el 99 por 100 de los tiempos de presencia del hombre sobre la tierra. Cuando Tácito escribe “Urbem Romam a principio Reges habuere”, omite los largos tiempos anteriores a Rómulo, de los pastores del Lacio sin ciudad a la que acogerse.

Todavía hoy podemos ver los restos de la vida social en bandas trashumantes, como las de los gitanos; y las “comunidades en campo abierto”, como las parroquias gallegas (21). Aparecieron después las aldeas y pequeños pueblos, muchos de los cuales aún subsisten, la mayoría de carácter agrícola; otros mineros o industriales; algunos ya de carácter suburbano.

La ciudad o población es un producto tardío, y, a su vez, aparece en diversos tipos funcionales. Un tipo clásico es el burgo, o “ciudad de defensa”; otro, el centro comercial, el mercado o núcleo de tráfico; otro, más moderno, el centro industrial o de producción. Otro tipo importantísimo es la capital política, generalmente primero corte o residencia de soberanos, y más tarde centro administrativo. Otros tipos son el centro religioso (Jerusalén, La Meca) o educativo (Oxford, Heidelberg); los lugares turísticos, balnearios, centros de diversión (Las Vegas), etc.

Es muy interesante ver cómo cada civilización se define, naturalmente, por el tipo de ciudades que produce. Hay algo común a todas ellas: se trata de una organización más perfecta y más compleja de la vida en común. Abén Ali Zar, haciendo el elogio de Fez (prototipo de ciudad-majzén, o capitalidad marroquí), hacia 1300, dice que una ciudad necesita cinco cosas: agua corriente, tierras fértiles, bosques cercanos (para hacer leña), murallas sólidas y una autoridad que mantenga la paz y la seguridad de los caminos. Pero luego los tipos varían mucho, como hemos visto. La ciudad fortaleza (acrópolis, burgo) suele ser la sede de unos linajes militares (“de los caballeros”, “de la frontera”). La ciudad religiosa (frecuente en la antigüedad y en el Medioevo), con sus eventuales barrios separados para otras creencias (“ghetto”, aljama, judería) es muy diferente de la ciudad cosmopolita (Babilonia, Alejandría, Nueva York). La ciudad asiática era normalmente un centro de poder y administración, con una actividad artesana y mercantil subsidiarias (Pekin, Delhi). La “ciudad mercado” de que habla Pirenne, fue muy frecuente en la Edad Media (Lyon, Francfort, Medina del Campo). Las residencias cortesanas fueron, sobre todo,

“centros de consumo” (W. Sombart). La ciudad industrial (ya en el siglo XIX) se caracterizó, sobre todo, por la gran concentración de obreros.

En todos estos casos hay algo más que la mera concentración de gente; los pueblos agrícolas importantes no son ciudades. Todavía hoy en el delta del Nilo y en otros ríos africanos y asiáticos se pueden observar esas concentraciones rurales, muy densas. Lo típico de la ciudad es la intervención de otros sectores económicos (comercial, servicios en general, industria), y de elementos sociales dirigentes (élites del poder, la economía y la cultura). Esto llega a su culminación en las modernas áreas metropolitanas, en las que, como observa Peter Drucker, los elementos característicos son, superponiéndose a los trabajadores de tipo más tradicional, los científicos, los técnicos, los especialistas de la información, etc.

Las ciencias sociales han empezado, muy recientemente, a estudiar, de modo sistemático, las consecuencias de la urbanización para la vida humana y social (22). Atisbos geniales, como los de Abén Jaldún y Montesquieu, no logran una concreción metodológica en una Sociología urbana, hasta la escuela de Chicago y la nueva ecología humana de los años 20, en los trabajos de Park, Burgess y Mc Kenzie (23). Paralelamente se desarrolló en Europa la escuela francesa de Geografía humana (Vidal de Lablanche) y de Morfología social (24). Estos estudios se hallan en pleno auge, publicándose libros excelentes, como los de Quinn y Hawley, sobre “Ecología Humana”, en los años 50.

Todos estos estudios parten de la base de que el *tamaño* y la *densidad* son un elemento básico de la sustancia de los grupos sociales, y de que la categoría *residencia* es fundamental en el análisis de la organización social (25). La ciudad es, por ello, una *forma de vida* (26) muy determinante. Es un lugar específico de determinados fenómenos sociales (27). La ciudad es la mejor demostración de la capacidad del hombre para edificar su propia sociedad, y modificarla, a diferencia de lo que ocurre a las abejas o a las hormigas; del “poder del hombre para alterar sus condiciones de vida” (28). En la ciudad el hombre puede regular la temperatura, trabajar con independencia de la luz solar, etc. Ahora bien, al crear nuevas condiciones físicas y sociales, estas nuevas realidades pasan, a su vez, a condicionarle a él y a sus grupos. Al dominar la naturaleza, no sólo la regula, sino que la

aparta, la modifica o incluso la destruye; y poco a poco se va encontrando en un medio que, a veces, es muy diferente de lo inicialmente previsto.

Esto es exactamente lo que ha ocurrido, sobre todo desde la intensificación del fenómeno, pasándose de la ciudad a la metrópoli. Como observa Kingsley Davis, las grandes aglomeraciones humanas de hoy están dando lugar a una nueva fase de la evolución humana. El área metropolitana de hoy, dice Hans Blumenfeld, es ya “una nueva forma básica de asentamiento humano”.

Ha cambiado el *clima*. Las metrópolis crean su “microclima”, totalmente (o casi) controlado en los interiores, donde el aire se calienta, se enfría, se deseca o se humedece, se perfuma, etc., a voluntad. En los espacios exteriores, cambia el régimen de vientos, la atmósfera se llena de poluciones (polvo, humos, gases), disminuyen las radiaciones solares, etc.

Cambia la *alimentación*; en ella se refleja muy especialmente la tendencia a la artificialidad de la vida urbana. Nuestros frigoríficos contienen pollos lejanos, carne de cerdo de China, mariscos de Sudáfrica, leche pasteurizada, etc. Hasta hace poco, los alimentos (y las bebidas) estaban muy condicionados por la situación geográfica y la estacionalidad, las posibilidades de conservación, y por lo mismo de almacenamiento, eran muy limitadas. Hoy el frío industrial, los transportes rápidos y las técnicas de desecación y conserva en general han reducido mucho las posibilidades de desabastecimiento, han controlado los precios y han creado un mercado masivo y racional de alimentos, reduciendo mucho los casos de desnutrición. Pero se han creado otros problemas, y, a su vez, ha aumentado la gama de “necesidades”. Por otra parte, las comidas antes duraban mucho tiempo, y eran uno de los cimientos de la vida social. Hoy, el promedio del tiempo que una persona dedica diariamente a sus comidas, es de 32 minutos en Estados Unidos, 97 minutos en París, 128 minutos en la zona rural francesa. Lo mismo ha ocurrido con el tiempo dedicado a preparar esas comidas. Un ama de casa americana las dedica un promedio de 30 minutos diarios; en París, son 105 minutos; en el campo francés, 142 minutos de cocina. La reducción ha sido posible, no sólo por un mejor equipamiento doméstico, sino por los productos alimenticios industriales (elaborados y semielaborados). La dieta ha cambiado; predominan los trozos nobles (carne, pescado), disminuyen los cereales y los guisos. Se tiende a reforzar el desayuno y a disminuir la importancia del

almuerzo, que cada vez es menos frecuente hacer en casa, porque los largos transportes fuerzan a la jornada continua y al “almuerzo de negocios”.

Cambia el *ejercicio*. El deporte actual es un invento moderno; antes el ejercicio se hacía caminando y subiendo escaleras, y resistiendo el frío; hoy el coche, el ascensor y la calefacción liquidan el esfuerzo muscular que no sea organizado; para hacer ejercicio hay que “deportarse”.

Cambia la *salubridad*. La ciudad tiene un alto nivel de sanidad y excelentes centros médicos; hay menos enfermedades contagiosas y carenciales. Pero es la sede lógica de las “enfermedades de la civilización”; los traumatismos físicos (automóviles, máquinas, explosiones), los traumatismos nerviosos (sobre todo, depresiones, inadaptaciones a un ambiente pesado y difícil), los trastornos digestivos, las deficiencias cardiovasculares y las enfermedades degenerativas. Sólo un Kafka o un Axel Munthe han podido asomarnos a esas nuevas facetas de la miseria humana sobre la tierra.

Entrando ya en el impacto propiamente social, no se trata tampoco de hacer una evaluación, en tiempos de bien y mal, sino de comprobar que el ambiente urbano y, sobre todo, el metropolitano, es “diferente”. La urbanización favorece el desarrollo económico, creando, en su misma concentración, fuertes “economías externas” para el productor (que lo tiene todo a mano) y una magnífica “renta del consumidor”, que se enfrenta para todos los productos con un mercado competitivo y barato; permite un alto grado de movilidad social y ofrece unos servicios muy variados. En todos los sentidos, pues, “el aire de la ciudad hace libre”.

Pero las cosas tienen su precio. El negro de la selva no tiene que ir al callista; pisa pavimentos blandos, y su pie se adapta a ellos; encuentra “inhumanos” los zapatos. Nosotros tenemos muchos coches, pero los desplazamientos se hacen cada vez más lentos y difíciles en el tráfico urbano, y los aparcamientos imposibles. Cada vez vivimos en menos espacio más gente, pero el suelo urbano es cada vez más escaso y más caro, lo que encarece las viviendas y las hace pequeñas e incómodas.

La ciudad, en principio, permite un número teóricamente ilimitado de relaciones sociales, pero, en la práctica, aísla a una “multitud solitaria”; de hecho, como observa L. With (“El urbanismo como forma de vida”), reduce mucho el número de las posibles (mientras que en un pueblo éstas son mucho más completas). Los contactos son típica-

mente “secundarios”, más que con otra persona, con el titular de una función social; los intercambios tienden a despersonalizarse, a estandarizarse. Hay un grado menor de intimidad, comenzando por la familiar. Hay también una mayor nivelación y tolerancia. El resultado es diverso según las tendencias de cada uno; hay a quien le va bien, pero en conjunto la tensión psicológica, el “stress”, son mayores; por eso aumentan las anomalías sico-nerviosas (29).

La ciudad aumenta la seguridad del individuo y de la familia, en cuanto a la alimentación, violencia, cuidado en caso de enfermedad o ancianidad; más, precisamente porque potencia la libertad de opción, entre múltiples posibilidades, acelera el cambio social, llega a producir una sensación de *vértigo*, de la que el tráfico y el ruido son los síntomas más externos, pero que ataca en profundidad.

Por otra parte, la ciudad es *una*, pero a la vez es *diversa*. Al crecer, la ciudad, como se ha dicho, “explota” sobre los suburbios, y las diversas “galaxias” de las metrópolis y las conurbaciones. Se va especializando; comprende áreas diferenciadas, con poblaciones y hasta subculturas distintas. En Nueva York nada tiene que ver la zona de Wall Street, con sus banqueros, con el Harlem y sus negros y puertorriqueños, o Greenwich Village, con sus intelectuales y artistas. Estas subculturas tienen que ver con los niveles económicos y ocupacionales, con los orígenes (regionales o internacionales) de las olas migratorias, con los estilos de vida (que cada vez se diferencian más). Por otra parte, la ciudad cambia según las horas del día o de la noche, al distanciarse cada vez más las áreas de residencia, de trabajo y de diversión, y dentro de cada una de ellas, los niveles de status económico-social.

Todo ello ha sido tan masivo y tan rápido, que no ha podido menos de cogernos desprevenidos. Desde la tienda del beduino a las casas del Alto Aragón, las familias habían vivido en algo que era suyo; hoy viven en colmenas urbanísticas. En ellas, la familia era una unidad económica cerrada, que vendía algunos excedentes y compraba unos pocos productos; en principio, se producía en el campo, y los excedentes se vendían en el mercado de la ciudad. Hoy la familia sólo se gasta lo que gana en dinero, y la producción sale de la ciudad al campo, hasta el mismo pan; salvo la pura cosecha de materias primas agropecuarias. Todos estos cambios acumulados han desbordado las ideas y las realizaciones de unas autoridades y unos poderes establecidos para enfrentarse con una realidad distinta y más sencilla.

Pero ya no podemos llamarnos a engaño. O nos enfrentamos en serio con los problemas del urbanismo, dedicándoles el tiempo, el poder y los recursos necesarios, o se le da a estos temas la prioridad que merecen, o muy pronto los problemas de la salud física y mental de nuestras ciudades nos desbordarán. Puede producirse un verdadero desastre, humano y ecológico; una total degradación de la Naturaleza y del hombre. El “habitat” del hombre moderno, su “human environment”, están en crisis. Aumentan las zonas patológicas del crecimiento urbano; el “slum” de los chabolistas, que aportan su trabajo a una ciudad, cuyos ricos se van a vivir al campo, y se convierten en “commuters” que sólo vienen a hacer más dinero (30).

Pensar que estos temas se van a resolver sólo con fórmulas autoritarias, y reforzando los mecanismos de orden público, es una ingenuidad.

3. *Rasgos nuevos de las sociedades con un alto nivel de urbanización.*

La ciudad y su modo de vida son un “subsistema”, dentro de un sistema socio-cultural más amplio. Ahora bien, lo característico de las sociedades con un alto nivel de urbanización, es precisamente que aquél subsistema domina crecientemente a la totalidad del sistema social.

La estructura normal de la población, en la ciudad, es algo diferente de la de otras zonas. Es más bajo el índice de natalidad, y también el de nupcialidad; la familia no es sólo más pequeña (“familia nuclear”), sino también más inestable. Hay una proporción mayor de mujeres, y menor de niños. Hay un número muy grande de adultos jóvenes, procedentes de la inmigración. Cabe preguntarse lo que ocurrirá al secarse las fuentes de inmigración; de momento la respuesta parece estar en los “proletariados exteriores”, las gentes del Tercer Mundo, con el consiguiente desarrollo de tensiones raciales.

Toda la población se agrupa en “familias nucleares” (31), reducto emocional, pero no ya económico o de seguridad; tiene una proporción muy elevada de “población activa”. Trabajan la mayoría de los hombres, e incluso muchas mujeres, aparte de sus labores domésticas. Trabajan en lugares de trabajo, que normalmente son grandes organizaciones; hay una considerable movilidad ocupacional, en el curso de una misma vida, y, por supuesto, con escasa continuidad vocacional entre las generaciones (32).

Predomina en todo ello la Economía y sus valores; éstos se miden cada vez más en dinero. El tiempo, la velocidad, cuentan mucho. Los contactos se mecanizan y estereotipan. La profesionalización y la especialización son fundamentales.

La vida urbana es, por excelencia, una vida con alto grado de división del trabajo y, por lo mismo, de compartimentación creciente, entre individuos y grupos. En la sociedad agraria, la gente se parecía una entre sí; y, todavía hace poco, eso daba el tono a la sociedad. En Estados Unidos, todavía en 1840, 9 de cada 10 personas se dedicaban a actividades agrícolas o conexas; ya en 1940, la proporción no llegaba a un agricultor por cada cinco norteamericanos (33).

En la vida urbano-industrial todo cambia. El número de especialidades ocupacionales crece vertiginosamente. El censo británico de 1841 reconocía (en el primer país industrial y urbanizado) 431 tipos distintos de ocupación. Un siglo más tarde, el "Diccionario de Ocupaciones" de la Oficina del Censo de los Estados Unidos hablaba de 25.000. En España, el "vocabulario de Ocupaciones", publicado por la Dirección General de Empleo, en 1963, ocupa 678 páginas de letra apretada. Esas múltiples dedicaciones son posibles por el desarrollo tecnológico, y también por las posibilidades de crear grandes grupos de trabajo, en las poderosas empresas de hoy; son, a su vez, la causa y la consecuencia de las grandes aglomeraciones metropolitanas. Roma, Constantinopla, Pekin, que no llegaron al millón de habitantes, eran la cabeza explotadora de grandes imperios agrarios; no conocieron un mercado de trabajo en masa, y sólo podían ofrecer a su plebe "panem et circenses", pan y toros.

En la ciudad artesana y mercantil, por otra parte, el aprendiz se integraba a la vez en la familia del maestro, y en el gremio, con sus compañeros de oficio; toda su vida quedaba insertada de modo homogéneo y natural. Hoy el trabajo es mecánico, y separado del resto de su vida; pero ésta, a su vez, es más privada, fuera de las horas de trabajo y de sindicato. No es cierto que la mecanización reduzca al hombre a un mero "robot"; tampoco es exacto que sólo tenga ventajas, liberando las fuerzas físicas y permitiendo usar de modo más pleno la inteligencia. Tampoco es exacto que la especialización reduzca la movilidad social, como no lo es que la favorezca especialmente. Lo que está claro es que la vida urbano-industrial plantea problemas nuevos, para bien unas veces y para mal otras.

Sobre esta morfología social distinta se asienta una cultura diferente. Desde la aparición de la vida urbana, los conceptos de “urbanidad”, “Civilité”, se contraponen a los de “rusticidad”, “vulgaridad”, etcétera. Dejando aparte el saber donde los formalismos se desvían y se convierten en hipocresía, o en algo peor, hay un hecho indudable: cuando se vive aglomerado, hay que cuidar más las reglas de comportarse, porque uno no puede moverse sin rozar con otro; por eso en la casa japonesa, sin tabiques ni espacio, el protocolo ha de ser muy rígido.

En un sentido más amplio, la civilización es obra de la ciudad, que puede permitirse escuelas, museos, salas de conciertos, bibliotecas, etc. Al abrigo de sus murallas (antes, torres y puertas de granito; hoy, las torres de los bancos y las grandes industrias) pueden levantarse también las “torres de marfil” y todas las exquisiteces del refinamiento cultural.

Pero, a su lado, están también las torres de babel. La metrópoli es culturalmente compleja, a ratos contradictoria, siempre polifacética. La inestabilidad síquica produce incertidumbre moral y mil posibilidades de caos social y político (34).

Ortega y Gasset analizó a fondo (tras los primeros atisbos de Le Bon y Sighele) los problemas de lo que llamó “la rebelión de las masas”. Quizá hubiera sido mejor hablar de la “aparición de las masas”. Un día, nos cuenta el filósofo, cayó en la cuenta, deambulando por París, de que no conocía más que a las estatuas (35). Ortega vio bien los datos del problema, el “hecho de las aglomeraciones”; pero quizá su interpretación personal, su valoración, fue excesivamente pesimista; acusa demasiado la convicción de que los valores liberales del siglo XIX eran irremplazables. No hay, en todo caso, vuelta atrás; y las dramáticas preguntas de Ortega, ahí están. ¿Puede hoy un joven hacer un “plan de vida personal, o es esa incapacidad la explicación de las “contestaciones”? ¿Pueden las masas metropolitanas, aún en el supuesto de que lo quisieran, “despertar a la vida personal”?

Hans Freyer (36) ha observado bien, que, en todo caso, las masas de hoy ya no son las “foules”, las “multitudes” cuyas torvas reacciones estudiaron Le Bon y Sighele (37) (38). Las masas de nuestras grandes ciudades son ya algo muy estructurado y controlado, a través de “sistemas secundarios”: grandes organizaciones (39) económicas, educativas, informativas, y otras modalidades del “control social”. Está, sobre todo, controlado por la misma perfección de la organización eco-

nómica, que ha tecnificado la producción, y, a través de la publicidad y el “marketing”, el consumo. El hombre se integra en la “sociedad de consumo” sin violencia, pero de un modo “unidimensional”, como ha criticado certeramente H. Marcuse. De aquí una tendencia creciente a la *alienación*, a no encontrarse a sí mismo, en medio de una sociedad cada vez más opulenta.

Aquí también habrá que considerar seriamente de qué modo la educación y la “cultura popular”, la escuela institucional y los medios de comunicación social pueden mejorar la situación, replanteando desde sus mismos cimientos la idea y el significado de la *civilización* (40).

En resumen, la ciudad ha mejorado la seguridad, el confort, la educación; ha aumentado la libertad frente a diversas formas de control social, pero ha creado otras más sutiles; ha dado más posibilidades de opción, en materia de empleo y de diversión. Pero al lado de las oportunidades están las ansiedades y las frustraciones; es un mundo que da más, pero exige más; es más difícil estar a su altura. Crea una cultura de libre elección y de libre cambio, con sus inconvenientes y sus ventajas. Desde la religión (41) al empleo del tiempo libre, todo toma características nuevas, para las que no sirven los mejores repertorios, elaborados a lo largo de siglos. Estamos inventando nuevas formas de vida, y hemos de aspirar a obtener lo mejor de los lados positivos, y a reducir al mínimo los negativos del fenómeno urbano.

4. *Consecuencias para la organización política y administrativa.*

La metrópoli lo concentra todo, en su gigantesca aglomeración: hombres, energía, recursos. También reconcentra el poder. Las grandes capitales merecen el nombre que les ha dado Peter Self: son “los Leviatanes modernos” (42). Patrick Geddes habló ya en 1915 de unas cuantas “World Cities”, o “ciudades mundiales”, en las que “se lleva a cabo una parte totalmente desproporcionada de los más importantes asuntos mundiales” (43). Allí están, en efecto, los grandes centros de decisión política y militar; los mercados y las bolsas que establecen precios y normas de valor universal; los grandes puertos, aeropuertos y nudos de transportes terrestres; las grandes despensas del saber (Bibliotecas, Archivos, Museos, etc.); los centros de investigación; los ordenadores electrónicos; los lugares en que se deciden las tendencias artísticas, las modas, etc.; los poderosos imperios de la persuasión (prensa, radio, televisión, publicidad, etc.). La Casa Blanca y el Pentágono;

Wall Street y Lloy'ds; la Academia de Ciencias de Moscú y el Kremlin; Fleet Street y Madison Avenue.

En el mundo actual no se ejerce verdadero poder más que de esos centros, esas ingentes "salas de máquinas", como las llamó Bertrand de Jouvenel. Las grandes instituciones (políticas, militares, económicas) que dan acceso a ese poder están todas en las grandes metrópolis; siendo inevitable la decadencia de lo que aún subsiste de las viejas *élites* rurales (44). Ahora bien, ésto sólo marca de por sí un giro copernicano en la estructura política. Durante siglos, la fuerza política y económica de las ciudades estaba compensada por la de los castillos y la población más numerosa del campo; la de los patriciados urbanos por las aristocracias feudales; la infantería por la caballería. Ahora, las ciudades ejercen un poder no compensado, y sus exigencias son tiránicas.

En ellas se desarrolla una nueva "cultura cívica", un nuevo "estilo político" (45). Hoy se da una gran importancia a estos conceptos, que definen el modo verdadero de cómo los hombres entienden y usan sus instituciones. Almond y Verba hablan de "cultura cívica" (46); Beer y Wiseman de "Cultura Política" (47); Spiro, de "estilos políticos" (48). Pues bien, no hay duda de que la cultura política urbana es esencialmente distinta de la rural.

F. X. Sutton ha contrapuesto dos tipos ideales de comunidad política, "Agraria" e "Industrial", según que predomine la cultura rural o la urbana (49). En Agraria predominan los patrones de interacción adscriptivos (es decir, con acepción de personas), particularistas, difusos; los grupos locales estables, con movilidad espacial limitada; la diferenciación social es sencilla y estabilizada; hay un sistema de estratificación "deferencial". En cambio, en Industria predominan las normas universalistas, específicas, con criterios de valoración basados en el resultado y en el mérito; la movilidad social es intensa; hay un desarrollo ocupacional extenso y variado, e independiente de las demás estructuras; el sistema de clases tiende a la igualdad, a lo menos en cuanto a las oportunidades teóricas; predominan las *asociaciones*, es decir, las estructuras voluntarias y funcionalmente específicas (50).

La ciudad hace predominar los planteamientos ideológicos sobre los tradicionales; las clases medias, y sus valores políticos específicos (el centro, la moderación); propende a la administración burocrática, en lugar de los viejos sistemas feudales, prebendales o por consejos de "notables". E inevitablemente se enfrenta con que sus procesos políticos son a base de *política de masas*.

Desde muy atrás nos viene una consideración pesimista de este fenómeno. Ya Platón decía que “aún si cada ciudadano ateniense fuese un Sócrates, cada asamblea de Atenas seguiría siendo un barullo”.

Para esta visión elitista, sólo la soledad y la distinción hacen al sabio y a la virtud; y la democracia de masas es siempre mala. Ya vimos que su tradición llega hasta muy cerca de nosotros, en la moderna sociología de las multitudes (51).

En realidad, la *masificación* como tal es un fenómeno neutral, con lados buenos y malos, como de costumbre. Se habla de riesgos para el individualismo, de tendencia al conformismo, de aplastamiento de la personalidad, de tiranía y rebelión de las masas. En realidad, la creación de un mercado masivo de trabajo, de productos de consumo, de valores, de investigación, tiene más lados buenos que malos. Nunca se ha defendido mejor al consumidor o al pequeño inversor que en las condiciones actuales; ni tampoco al obrero. Masificación, como observa A. Grabowsky, es simplemente la aplicación de la ley de los grandes números; es “standardización, normación, esquematización, sujeción a moldes hechos”.

Hoy se confirma la tendencia a revisar los primeros juicios nostálgicos y elitistas sobre la política de masas (52). Hay que dejarse de mirar atrás, y de considerar la vida urbano-industrial como moralmente inferior. Lo que hay es que abrazarse decididamente con ella, para mejorarla. La verdad es que el totalitarismo se ha desarrollado, no en Inglaterra o en Alemania, sino en Rusia y en China; es decir, en sociedades atrasadas y poco urbanizadas, y en las cuales los grupos reaccionarios, en vez de promover reformas flexibles, se obstinaron en mantener posiciones inmovilistas. La cultura urbana lleva a la democracia social, no a la tiranía de derechas o de izquierdas. Va al centro, por poco que se la ayude a buscar su propio camino; como la brújula apunta al Norte natural, si no le ponemos al lado campos magnéticos que la desorienten.

La ciudad, por otra parte, es un lugar en que se produce *opinión pública* (53). Esta es un fenómeno naturalmente urbano; para que exista opinión pública tiene que existir un ágora, un foro, un mercado. Más tarde fueron las instituciones deliberantes y la prensa (fenómenos igualmente relacionados con la urbanización) los focos naturales de la opinión. La metrópoli ha multiplicado la red de comunicaciones sociales; pero no es seguro que haya reforzado la producción de opinión. El público, que en un cierto momento la creaba y la mantenía, era un público educado, restringido, independiente; al diluirse en una gran

masa, ha perdido cohesión, y se ha convertido en “público fantasma”, según la acertada expresión de W. Lipmann. Mientras se ha dividido y compartimentado, porque los núcleos sociales viven más aislados unos de otros, y no cooperan ni se estimulan mutuamente (54), ha aumentado la fuerza y la influencia de los focos de manipulación. Este es un proceso que habrá de vigilarse cuidadosamente.

También hay un riesgo en la creciente burocratización. Las mismas asociaciones voluntarias, al crecer demasiado, dejan de ser *instrumentos* para la acción de personas, y se convierten en herramientas para *manejarlas*, por parte de los que ocupan sus puestos clave. Podría así llegarse a lo que Marcuse ha llamado la “Administración total”, a través de la burocracia, el control de los medios de comunicación social, el uso de computadores para todo, la investigación de mercado, la publicidad, la satisfacción consumística, la psicología industrial, las relaciones humanas y públicas, etc. Algo así como el “Brave New World” de Aldoux Huxley (55).

Frente a ésto se advierte en nuestras grandes ciudades una creciente insatisfacción, que unas veces toma el camino de la “contestación”, más o menos violenta, y a ratos, el de la “alienación” pasiva, en forma de despolitización. Tales son el Scila y el Caribdis de una vida demasiado organizada, sin participación. Por el primer camino se va a la anomía, a la agresividad, a la delincuencia juvenil, al gamberrismo, a la droga, en definitiva, a la “contestación permanente”, que ya ha planteado un desafío claro a los que sólo ven en el desarrollo a los datos de la producción y al Derecho administrativo (56). El límite está en la fuga de la sociedad, y en primer lugar de la ciudad, como hacen los “hippies”, y todos esos jóvenes que alguien ha definido como el “proletariado freudiano” (57); una interesante “señal de alerta” sobre los fallos de nuestro modo de vida, y cuyo símbolo, la flor, es una protesta interesante frente a la “jungla de asfalto”. Frente al gran mastodonte metropolitano, resurge de algún modo el viejo mito de la “Edad de Oro”, sin instituciones y en plena libertad; como en la novela pastoril, en el espíritu rusoniano, en una nueva versión “sicodélica”.

Frente a ésto, tenemos la apatía, el desinterés por unos temas que desbordan al ciudadano por su tamaño y complejidad, y la deserción. En muchas ciudades el Alcalde se queda con los pobres, los negros y los problemas, mientras los ciudadanos prominentes y sus recursos se quitan de en medio.

Esta sería la peor versión de la “revolución urbana”, la más trágica versión del desarrollo metropolitano; unos centros ruinosos, convertidos en “ghettos” de la miseria, y afuera las ciudades-jardín de una opulencia no comprometida. Es muy interesante que los estudios sociológicos norteamericanos revelan ya un grado mucho menor de participación en asociaciones e instituciones de todas clases, en los anillos residenciales que rodean a las viejas ciudades. Entre tanto, los viejos esquemas del Gobierno municipal saltan en pedazos y necesitan una urgente reconstrucción.

Y no hablemos de los problemas militares que plantean las grandes metrópolis, hoy que existen bombas de muchos “megatones” y por lo mismo muchos “megabods”. Piénsese en los problemas que esto plantea a la defensa antiaérea, a la defensa civil o a una eventual evacuación de millones de personas.

El resumen es claro: hay que reconstruir el gobierno de las ciudades, y hay que reconstruir la política nacional e internacional, para que tenga en cuenta la nueva problemática metropolitana. Y no hay en ello nada nuevo: cada época, cada cultura, ha creado su tipo de ciudad, y su tipo de política. Y cada gran final histórico ha visto, con la caída desastrosa de Babilonia, de Roma o de Bizancio, a una ciudad y a una política que no supieron renovarse. Y todos los grandes líderes, de trascendencia histórica (menos Gengis Khan, que se limitó a destruirlas) fueron creadores de nuevas ciudades y de nuevas formas políticas.

5. *La capacidad de urbanización, y la capacidad de humanizar lo que se urbaniza, como criterios importantes del desarrollo político.*

Después de todo lo dicho, parece indudable que uno de los grandes “desafíos” del hombre de hoy es el de hacer sus grandes ciudades bien hechas: ni más ni menos. Este es un tema político por excelencia: como dice C. Doxiadis, para resolverlo hay que reanimar la raza de los grandes “constructores de ciudades”, sin que basten las soluciones teóricas de unos tímidos “planificadores de gabinete”. No se trata, claro es, de frenar el desarrollo de las ciudades, sino de preverlo, de hacerlo posible, precisamente por ser inevitable.

Como dice Huxley, “el crecimiento de la ciudad fue más rápido que el desarrollo y difusión del saber respecto a cómo vivir en las ciudades” (58). Eso nos ha costado vivir en medio de un aire corrom-

pido, de árboles que se mueren, de avenidas convertidas en campos de batalla, del flagelo del ruido (59). Nos obliga a plantearnos inmensos problemas de seguridad y protección policial, habiendo hoy en el mundo muchas grandes ciudades en las que no se puede circular en cuanto anochece. Nos enfrenta con un déficit creciente en los servicios urbanos y sociales: iglesias, escuelas, centros asistenciales, servicios de tráfico y aparcamiento, parques, campos deportivos, etc.

La metrópoli es hoy muy vulnerable, y no sólo ante una guerra total o una huelga general, sino ante una simple avería. Como la famosa que dejó a todo Nueva York a oscuras. El agua, la electricidad, el gas y tantos otros servicios “a distancia” son hoy difíciles y precarios.

Urbanísticamente, el suelo es la materia prima fundamental. Al ser objeto de especulación, se produce congestión en unas zonas y abandono y decadencia en otras. Mientras las zonas céntricas se llenan de rascacielos, a menudo innecesarios, en los suburbios mal controlados se produce lo que Lewis Mumford ha llamado “un tejido urbano de baja graduación”, que “no es ciudad ni campo”, y que se extiende sin límite y sin plan. Entre tanto, en las áreas metropolitanas suele haber un verdadero caos gubernamental y administrativo, con varios Ministerios actuando directamente, varios organismos intermedios, varios viejos municipios, etc.

Hay que ir a un *sistema político* de las sociedades actuales, que sepa ser el propio de un mundo urbanizado, y a la vez crear una eficacia administrativa, capaz de hacer posible la vida en las nuevas metrópolis. Para ello tienen que cambiar muchas concepciones (políticas, administrativas, urbanísticas), nacidas de un mundo en que la ciudad era una excepción, sobre un fondo rural mayoritario.

Hay que crear un espíritu de “ciudadanía metropolitana”, haciendo que todos nos sintamos *pertenecientes a y responsables de* nuestro “habitat” urbano. Para ello, una de las primeras cosas que hay que hacer es fragmentar y articular la gran masa metropolitana. Una serie de unidades, de no más de 100.000 habitantes, con todos los servicios (60). de células urbanas a escala humana, harían soportable la gran metrópoli, que se apoyaría en una red de estas unidades. Ciudades satélites, ciudades jardín, ciudades lineales, distribuidas en un plan “estelar” (como los rayos de una estrella) o “dactilar” (como los dedos de una mano), en su combinación darán una ciudad flexible y dinámica, una “Dinápolis”, como la llama Doxiadis; y un día, la “Ecumenópolis”,

capaz de especializarse por zonas, dando una gran amplitud y libertad a comunidades diferenciadas.

Hoy disponemos ya de los conocimientos científicos y de los medios técnicos para reformar y hacer habitables las metrópolis: "sólo falta aplicarlos". Pero esto exige un sistema político capaz de hacerlo; de hacer las reformas necesarias (administrativas, jurídicas, etc.) y de movilizar para ello a las gentes, ilusionándolas.

Hoy necesitamos, por otra parte, una generación de urbanistas que, bien respaldados políticamente, den muestras de una gran imaginación. Hoy no basta con una planta única de ciudad, como la que inventaron los griegos y perfeccionaron los romanos (61), o como la ciudad medieval, o la ciudad barroca. Hoy hay que planear capitales y otros centros administrativos; ciudades industriales, puertos y otros centros comerciales; centros de diversión y vacación, etc. Hay ciudades dormitorio, y ciudades de fin de semana; todo ello coordinado en gigantescas regiones metropolitanas.

Ello plantea el problema de la planificación regional, y de la creación de nuevos organismos, no meramente superpuestos, sino reemplazando de una vez a los anticuados. Tal es la política que Inglaterra inició, como "Town and Country Planning", que Francia ha concebido como "Aménagement du territoire", y que en todas partes (62) se va situando en el centro de las preocupaciones políticas y Administrativas. Los Estados Unidos tienen planteado ya un plan de 35 años para la reconstrucción de todas sus ciudades (63).

Nosotros vamos con algún retraso; tuvimos a tiempo la Ley del Suelo (1956, después la Ley de Solares de 1945), pero la verdad es que no hemos sabido o no hemos querido utilizarlo a fondo. Los regímenes especiales de Barcelona y Madrid, la creación de las respectivas áreas metropolitanas, y una serie de planes especiales, constituyen otros tantos intentos interesantes. Pero ha llegado la hora, no sólo de los grandes planes, sino de las grandes decisiones. Dadme una buena política y os daré un buen urbanismo.

El hombre de hoy ve planear sobre su destino dos monstruos comparables al del célebre cuadro negro de Goya: la explosión de las poblaciones mundiales, y el peligro de un holocausto nuclear que destruya sus orgullosas metrópolis. Estos dos grandes terrores del hombre de hoy, como observa Manuel de Terán, son de signo contrario (una demografía incontrolada y una destrucción demográfica masiva), pero en cierto modo se condicionan mutuamente.

Uno y otro problema delimitan el drama urbano. El problema de nuestras grandes ciudades es, en el fondo, un problema moral; un problema que afecta a los mismos fundamentos morales de nuestra civilización, a las últimas metas del hombre de hoy.

Es uno de los que no podrán ser resueltos sin poner un límite al espíritu de lucro, de ganar más y lo más rápidamente posible. Mientras la política de solares y de viviendas, la reserva de espacios verdes y de servicios sociales, se rija por un criterio especulativo, poco se podrá hacer. Habrá que aumentar el número de cosas “fuera del comercio” para resolverlo.

Recordemos que aún no hace mucho que los cargos públicos, civiles y militares, se concebían como “oficios enajenados”, que se podían comprar por los particulares (64). Al suelo urbano le ha llegado también la era de la “publificación”, evitando su mal uso y su especulación. Caben para ello toda clase de fórmulas, incluso la distinción entre la propiedad (pública) y el uso, en forma de un derecho de superficie, concedido a plazos razonables. Y, en lo político, hay que reconstruir, a través de esas unidades flexibles de la vida urbana, el espíritu de ciudadanía y participación, a través de órganos representativos eficaces y de activas asociaciones de vecinos.

Don Miguel de Unamuno, el gran bilbaíno, español de una pieza, intuyó algo de este gran tema (que entonces era todavía futuro), en su bello ensayo “Ciudad y Campo”. Dice así: “El ideal sería, sin duda, que el espíritu de la ciudad y del campo se compenetraran, que aprendiéramos a ver en la sociedad naturaleza, y en la naturaleza sociedad.” No cabe mejor lema para un “humanismo urbanista”; ni mejor llamada al optimismo, y a la imaginación creadora.

(1) Ver Marcel R. Reinhard, *Histoire de la population mondiale*, París, 1949; W. Petersen, *La población. Un análisis actual*, Madrid, 1968; *Reproducción y Demografía* (tomo colectivo, vol. XX, núm. 77, 1971, de la *Revista de la Universidad de Madrid*); *World Population*, vol. 369 (enero de 1967) de los "annals" de la American Academy of Political and Social Science"; *A crowding Hemisphere: population change in the Americas*, en los citados "Annals", vol. 316 (marzo de 1958).

(2) Cfr. Gideon Sjoberg, *Origen y evolución de las ciudades*, en *Scientific American*, "La Ciudad", Madrid, 2.^a ed., 1969, pp. 37 sigs.

(3) Ver Karl A. Wittfogel, *Despotismo Oriental*, Madrid, 1964.

(4) "La urbanización de la población humana", en *La Ciudad*, cit., pp. 11 y siguientes.

(5) En su ingenioso libro *Majorca observed* (New York, 1965), el gran poeta Robert Graves explica, entre otras razones, por qué vive en Mallorca: "Había decidido no vivir permanentemente en Inglaterra, cuando de pronto me di cuenta de que el país estaba fuertemente superpoblado, siendo el óptimo de su población ocho millones, como en tiempo de los Tudor. Sobre todo, la nueva moda de construir linealmente, lo que extiende incluso a pueblos pequeños una o dos millas en el campo, me incitó a irme; y también la creciente mecanización de la agricultura. Quería estar donde la ciudad todavía es ciudad; y el campo, campo; y donde el arado arrastrado por bestias aún no fuese un anacronismo..." Cabría preguntarse dónde quedarán lugares de estos dentro de un siglo.

(6) El caso inglés es muy interesante, por ser el primero. En 1851, más o menos la población se dividía al 50 por 100 entre la ciudad y el campo. Hoy, las cuatro quintas partes de los británicos viven en núcleos de más de 50.000 habitantes, y más de la mitad, en centros de más de 100.000.

Por otra parte, este caso, que comprueba la estrecha asociación entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico, por una parte, y la urbanización, por otro, como proceso natural que acompaña a la transición de la sociedad agraria a la industria, parece revelar que hay un punto de estabilización. Así, la población urbana inglesa, que llegó en 1926 al 787 por 100 del total, en 1961 había bajado al 783 por 100.

(7) Cfr. H. Kahn y A. J. Wiener, *The Year 2000*, 7.^a ed., Toronto, 1969.

En 1960, 16 conurbaciones americanas agrupan a 52 millones de personas, en un espacio menor que el distrito de Cochise (uno de los menores de Arizona), 96 millones viven en 213 áreas metropolitanas; en ese 7 por 100 del espacio norteamericano vive el 53 por 100 de la población.

(8) El caso de Holanda es muy interesante, porque es un país superpoblado, que hace siglos crea su propio espacio.

(9) Cfr. Barbara Ward (y otros), *The Widening Gap. Development in the 1970's*, Nueva York, 1971.

(10) En Francia, en 1856, todavía sólo el 11 por 100 de la población vivía en ciudades, pero ya el 29 por 100 de los obreros trabajaban en la industria. En Suiza, en 1888, estas proporciones eran del 13,2 por 100 y el 45 por 100, respectivamente.

Por el contrario, en 1960, en la R.A.U. el 16 por 100 de los egipcios viven en ciudades, pero sólo el 10 por 100 trabajan en la industria; en el Pakistán,

12 por 100 y 0,2; en Brasil, 28 por 100 y 10 por 100; en Venezuela, 37,2 por 100 y 8,9 por 100. Esas ciudades no pueden ser más que focos de miseria y de violencia.

(11) Cfr. Constantinos A. Doxiadis, *Arquitectura en transición*, Barcelona, 1964; y *Entre Dystopía y Utopía*, Madrid, 1969.

(12) Cfr. Hans Blumenfeld, "The Urban Pattern", en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 352, pp. 74 sigs.

(13) En su obra clásica, *La cultura de las ciudades*, 3 vols., Buenos Aires, 1945, Mumford estima que no deben mezclarse significados históricamente diferentes (la "metrópolis" griega, de *Madre y ciudad*, indicaba a la ciudad creadora de colonias).

(14) Cfr. R. D. Mac Kenzie, *The Metropolitan Community*, Nueva York, 1933.

(15) Cfr. Hans Blumenfeld, "La metrópoli moderna", en *La ciudad*, cit., pp. 55 sigs.

(16) La gran industria, en general, escapa de la gran ciudad, y ésta de aquélla; pero también las pequeñas e intermedias tienden a desplazarse a nuevos anillos exteriores.

(17) Gideon Sjöberg define la ciudad como una "comunidad de considerable magnitud y de elevada densidad de población, que alberga en su seno una gran variedad de trabajadores especializados, no agrícolas, amén de una élite cultural" (loc. cit., p. 39).

(18) Para G. Isenberg es metropolitana una concentración de más de 50.000 habitantes, en un radio no superior a 40 minutos de viaje. Sin embargo, la mayoría de los tratadistas estiman que la "masa crítica" se produce a partir de un millón de ciudadanos.

En España han prevalecido las ideas similares de K. Davis: una o varias ciudades centrales de 50.000 habitantes, y 100.000 habitantes en el conjunto del área, con una densidad mínima en la zona de influencia, de 100 habitantes por kilómetro cuadrado. Cfr. Dirección General de Urbanismo, "Áreas metropolitanas de España, 1960"; Madrid, 1965. Ver también S. del Campo (y otros), "Aproximación al análisis de la estructura socioeconómica de las áreas metropolitanas en España", en *Rev. de Estudios Sociales*, núm. 1 (1971), pp. 41 sigs.

(19) Ver Juan Díez Nicolás, "La transición demográfica en España", en *Rev. de Estudios Sociales*, I (1971), pp. 89 sigs.

(20) Cfr. Manuel Basas Fernández, *El crecimiento de Bilbao y su comarca*, Bilbao, 1969.

(21) Cfr. Gillin-Gillin, *Sociología cultural*, Madrid, 1961.

(22) Cfr. C. Mumford, *Man's role in charging the face of Earth*, Chicago, 1956; René Koenig, *Sociología de la comunidad local*, Madrid, 1971; Franco Martinelli, "Problemi di sistemazione di una Sociología speciale. La sociología urbana e rurale", en *Rivista di Sociología*, Roma, núm. 21 (1970), pp. 74 sigs.; R. K. Merton y otros, *Sociology today. Problems and prospects*, Nueva York, 1959 (en particular, G. Sjöberg, *Comparative Urban Sociology*, pp. 334 sigs.); *La ciudad como forma de vida* (Varios, *Revista de la Universidad de Madrid*,

vol. VII, núm. 25, 1958); "Urban revival; goals and standards", en *The Annals*, cit., vol. 352 (mayo de 1964); "Society and its physical environment", en *The Annals*, cit., vol. 389 (mayo de 1970).

(23) Cfr. Arnos H. Hawley, *La estructura de los sistemas sociales*, Madrid, 1966.

(24) M. Halbwachs, *Morphologie sociales*, París, 1938.

(25) Cfr. T. Parsons, *Estructura y proceso en las sociedades modernas*, Madrid, 1966.

(26) Cfr. Salustiano del Campo, *Cambios sociales y formas de vida*, Barcelona, 1967, cap. II; *La Ciudad como forma de vida*, pp. 36 sigs. La expresión es de Wirth Park, habla de un "estado de espíritu", derivado de un patrón especial y un orden moral.

(27) La mayor parte de las dicotomías de la Sociedad, proceden de la necesidad de contraponer estos fenómenos, a los de la sociedad tradicional, menos urbanizada. Así la distinción de E. Durkheim entre la "solidaridad mecánica" y la "orgánica"; la de Max Weber, entre autoridad tradicional y racional; la de Henry Maine, entre las sociedades basadas en el *status* y el contrato; la de F. Tönnies, entre Comunidad y Sociedad, etc.

(28) S. del Campo, *op. cit.*, p. 36.

(29) La *angustia* es un "sentimiento de inseguridad ante una situación cuyas consecuencias nos son desconocidas" (Dr. M. Cabaleiro Goás, "La angustia del hombre de hoy", en *Papeles de Son Armadans*, núm. XCIV, 1964). El hombre urbano se ve obligado a desarrollar una personalidad más compleja, ante una sociedad también más compleja, y a menudo fracasa.

Esto explica por qué hay en este momento tantas dificultades con la asistencia a las dolencias mentales; sencillamente, es un problema nuevo, que exige una nueva "cultura sanitaria". El número creciente de personas que sufren choques con las complicadas pautas de la sociedad urbano-industrial, necesita una política sanitaria nueva. En los países más desarrollados el número de camas reservadas a estos enfermos tiende a llegar al 50 por 100. Cfr. J. M. Miguel y B. Oltra, "Para una sociología de la salud mental en España", en *Revista de la Opinión Pública*, núm. 24 (1971).

(30) Está solo comenzando la sociología de los "Suburbios", lo mismo burgeses que industriales. En Estados Unidos, la vida en aquéllos ha reforzado las tendencias matriarcales de la sociedad americana (casas ajardinadas con niños, donde la madre está todo el día, y donde el padre, que llega tarde, es un señor que arregla el jardín y lee los periódicos el fin de semana).

En cambio, en los barrios obreros, parece haber reforzado las tendencias autoritarias. Cfr. B. M. Berger, *Working-Class Suburb. A study of Auto Workers in Suburbic*, Berkeley, 1960.

(31) Cfr. Norman W. Bell y Ezra F. Vogel (eds.), *A modern introduction to the Family*, Glencoe, III, 1960.

(32) La minería y la pesca de altura parecen ser las únicas profesiones en que aún se conserva.

(33) Cfr. Theodore Caplow, *Sociología del Trabajo*, Madrid, 1958.

(34) C. G. Jung, en sus *Consideraciones sobre la Historia actual*, dice: "En pasmosa proporción nos amenazan guerras y revoluciones, que no son más que

epidemias síquicas. A cada momento, millones de hombres pueden caer en la locura y tendremos de nuevo una guerra mundial o una asoladora revolución." Dominada la Naturaleza, son más peligrosos que nunca "los poderes elementales del alma", en cuyas simas habita "el Dios del Pánico" (Madrid, 1969, p. 148).

Cfr. Harold D. Lasswell, *Psychopatology and Politics*, Chicago, 1930; y *World Politics and personal insecurity*, Nueva York, 1935.

(35) *La rebelión de las masas*, 13.^a, Madrid, 1956; *Prólogo para franceses*.

(36) *Teoría de la época actual*, Madrid, 1958.

(37) Gustave Le Bon, *La psychologie des foules*, París, 1895; y *Psychologie du socialisme*, 1898.

(38) S. Sighele, *La folla delinquente*, Turín, 5.^a ed., 1892; *L'intelligenza della folla*, 2.^a ed., 1911; *Delitti della folla*, 1923.

(39) Cfr. Whyte, *El hombre de la Organización*.

(40) Cfr. Bodan Chudoba, *The meaning of Civilization*, Nueva York, 1951; Denys Thompson, *Discrimination and Popular Culture*, Londres, 1964; Raymond Williams, *Culture and Society, 1780-1950*, Londres, 1958, y *Communications*, Londres, 1966. Ver también A. Maíllo, *Cultura y Educación Popular*, Madrid, 1967.

(41) Cfr. Pedro Negre-Rigol, *El obrero y la ciudad*, Barcelona, 1968. Contiene un análisis interesante, a través de una parroquia obrera urbana, de cómo se comporta la vida religiosa en relación con la vida urbana.

(42) *Los problemas del crecimiento urbano y su tratamiento actual en Gran Bretaña*, Madrid, 1958.

(43) Cfr. Peter Hall, *Las grandes ciudades y sus problemas*, Madrid, 1965.

(44) Cfr. C. Wright Mills, *La élite del poder*, 2.^a ed. esp., México, 1960.

(45) Ver Charles Morazé, *El apogeo de la Burguesía*, Barcelona, 1965, cap. X; *El hombre de las ciudades*, pp. 289 sigs.

(46) Gabriel A. Almond y Sydney Verba, *Civic Culture*, Princeton, 1963.

(47) Samuel H. Beer (y otros), *Patterns of Government*, New York, 1962; y H. V. Wiseman, *Political Systems*, New York, 1966.

(48) Herbert H. Spiro, *Government by Constitution*, Nueva York, 1965.

(49) "Social Theory and Comparative Politics", en Apter y Eckstein (eds.), *Comparative Politics*, Nueva York, 1963.

(50) Las asociaciones de todas clases (de pensamiento, sindicales, políticas) son siempre un paso decisivo, y, por lo mismo, resistido, de la modernización.

(51) Ver también E. D. Martin, *The Behaviour of Crowds*, 1920.

(52) Cfr. W. Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, Glencoe, Ill, 1959; Maurice R. Stein, *The Eclipse of Community*, Princeton, 1960; Allardt y Rokkan (eds.), *Mass Politics*, New York, 1970; Leon Bramson, *El contexto político de la Sociología*, Madrid, 1965.

(53) Cfr. F. Toennies, *Kritik der öffentlichen Meinung*, Berlín, 1922; Walter Lipmann, *La opinión pública*, 1964; A. Benfenati, *L'opinione pubblica*, Florencia, 1951; E. S. Bogardus, *The making of public opinion*, Nueva York, 1951; Juan Beneyto, *La opinión pública*, Madrid, 1969.

(54) "El desarrollo de la metrópoli, aislando a hombres y mujeres en sectores y rutinas cada vez más estrechos, les hace perder todo sentido de su integridad como público" (C. W. Mills, *La élite del poder*, p. 297).

(55) Es muy interesante que en su primer libro, publicado en 1931, Huxley alude sobre todo al peligro totalitario; pero en el segundo, *Brave New World revisited* (1958), se enfrenta sobre todo con estas formas más sutiles de control.

(56) Cfr. H. Marcuse, *An Essay on Liberation*, Boston, 1969.

(57) Cfr. J. B. Brown (y otros), *The Hippies*, Nueva York, 1967.

(58) *Op. cit.*, p. 104.

(59) Cfr. Norbert Voss, *¿El fin de la civilización*, Barcelona, 1968.

(60) Cfr. Robert A. Dahl, *After the Revolution. Authority in a Good Society*, New Haven, 1970.

(61) La famosa "planta hipodámica", que Hipódamo de Mileto (contemporáneo de Polignoto y de Fidias) puso de moda, por los años 470 a 450 a. C. Destruída Mileto por los persas (494 a. C.), se reconstruyó con una consciente idea otogánica, que llega aún, de algún modo, hasta las ciudades americanas. La asombrosa actividad colonizadora de los griegos, y luego la proyección imperial alejandrina y romana, dieron inmensas oportunidades a aquel tipo de urbanismo, que luego se colapsará, por razones militares, económicas y sociales, volviéndose al predominio de la vida rural en el Medioevo.

(62) Uno de los intentos más interesantes es el de los Países Bajos, el país más poblado del mundo. Se calcula que el año 2000 tendrá 17 millones de habitantes, sobre una superficie de 33.000 kilómetros cuadrados. Desde 1941, tiene un órgano de planificación territorial, y desde 1965 una ley muy completa. El "Randstadt" es un anillo de diez ciudades, entre ellas Amsterdam, Rotterdam y La Haya, en las cuales vive ese 1/3 de la población sobre 1/20 del territorio.

(63) Ver D. Bell, Introducción al citado libro de Herman Kahn y Anthony J. Wiener, *The Year 2000*.

(64) Cfr. M. Fraga Iribarne y J. Beneyto, "La enajenación de oficios públicos en su perspectiva histórica y sociológica", en *Estudios Históricos*, publicados con motivo del Centenario de la Ley del Notariado, vol. I, Madrid, 1964, pp. 393 sigs.